

Tirándole libros a las balas. Memoria de la Violencia antisindical contra educadores de ADIDA, 1978-2008

Escuela Nacional Sindical / Asociación de
Institutores de Antioquia, Medellín.

Autores: Guillermo Correa
Juan Diego González

Año: 2011

Número de páginas: 396

Por: Alexander Pereira Fernández

Tirándole libros a las balas es un texto que obliga al lector a adentrarse por caminos marcados por la tragedia. Sus páginas recorren las trayectorias vitales de cientos de maestros que fueron asesinados por participar activamente en la construcción de una sociedad más democrática. Estamos ante un estudio que habla exactamente de lo que sugiere su subtítulo: la violencia antisindical que se ha practicado contra educadores afiliados a la Asociación de Institutores de Antioquia (ADIDA), durante los tres decenios que van de 1978 al 2008. Se trata de una investigación elaborada por el equipo de estudios de la Escuela Nacional Sindical (ENS), bajo la coordinación de Guillermo Correa Montoya y Juan Diego González Rúa, jóvenes investigadores cuya formación científica y humanista destaca por su carácter interdisciplinario.

Este estudio puede ser leído como un intento por rememorar y nombrar cada uno de los muertos que ha dejado la violencia ejercida contra miembros de ADIDA, un intento por no olvidar que todavía están pendientes los derechos democráticos por los que estos maestros se movilizaron. Sus vidas truncadas nos recuerdan que es necesario pensar en reparar los daños que les fueron infringidos

antes que en la resignación; que es necesaria la restauración y cumplimiento de sus reivindicaciones. Detrás de la particularidad que encierra cada homicidio, el equipo de investigadores de la ENS reconoce una articulación, una especie de dinámica en el proceso de victimización de maestros. Esa dinámica es la que se establece en la tesis que defiende el libro, según la cual los docentes afiliados a ADIDA, en su mayoría, fueron asesinados con el objetivo de bloquear su activismo político, social y cultural. En medio de un país tan conflictivo y con tantas restricciones democráticas, las labores docentes y sindicales de los maestros terminan obligándolos a cumplir funciones de intelectuales locales, con un alto nivel de protagonismo en las comunidades en las que se desenvuelven. La comunidad, la localidad y el aula son lugares conectados por fuertes entramados de interrelaciones sociales. Así, la vida cotidiana de los estudiantes, de sus familiares, vecinos del barrio y habitantes del municipio, se desenvuelve cruzada por asuntos que les son comunes, en los que los maestros deben intervenir e, incluso, ejercer cierto liderazgo político y de agitación cultural. Entonces, resulta que la actividad sindical termina manifestando

ALEXANDER PEREIRA FERNÁNDEZ Historiador de la Universidad Nacional de Colombia. Maestría en historia de América Latina de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México. Correo electrónico: elloropereira@yahoo.com.

todas esas interdependencias, hasta el punto de que los homicidios llegan a ser una expresión de tales complejidades sociales. Lo anterior es algo que se cumple en Antioquía, pero que fácilmente puede extenderse para comprender la situación de muchos maestros sindicalizados del resto del país.

La investigación muestra que el grueso de la violencia contra los maestros antioqueños aparece ligada a su participación en acciones colectivas de carácter reivindicativo. Pero este vínculo entre protesta social y violencia no siempre es directo, sino que muchas veces aparece cruzado por otros fenómenos o agentes sociales. Así, la guerra interna que vive el país, la delincuencia común, la guerrilla, los paramilitares, la fuerza pública y las bandas criminales promovidas por el narcotráfico, entre otros, actúan como reguladores de los conflictos laborales y las movilizaciones sociales. En ese sentido, no se entiende que los maestros sean simples víctimas colaterales de un ente abstracto llamado los “actores armados del conflicto”; sino que tales actores armados funcionan como instrumentos de control autoritario, que sirven para bloquear las reivindicaciones laborales y democráticas sobre las que presionan los docentes sindicalizados. De modo tal que la violencia que se ejerce contra ellos cumple el objetivo de disciplinar y sembrar zozobra entre todos aquellos que pretendan promover actividades reivindicativas o liderazgos opuestos a poderes hegemónicos y antidemocráticos. Por lo general, un profesor sindicalizado que participe en luchas sociales por la democracia y contra la corrupción política y que sea a la vez miembro de un partido de izquierda u organización alternativa, cumple con el perfil que aumenta las posibilidades de convertirlo en víctima; porque el fin último de esta violencia es neutralizar cualquier manifestación de oposición a poderes hegemónicos por medio de la aniquilación de quienes promuevan o ejerzan liderazgos sociales alternativos.

Para argumentar esas tesis, el libro utiliza un enfoque cualitativo sostenido básicamente sobre dos pilares: la base de datos que ha construido la ENS sobre violencia antisindical y fuentes documentales y orales. Las fuentes incluyen los rastreos de prensa (local y nacional), análisis de actas sindicales, comunicados públicos, grabaciones de audio, videos, entrevistas, entre otros. A ese soporte empírico lo acompaña una perspectiva teórica para el análisis de la violencia, la cual fue

construida a partir de ideas propuestas por autores como Norberto Bobbio, Hannah Arendt, Philippe Braud y Saúl Franco, principalmente. Para los estudios sobre violencia antisindical resulta enriquecedora la construcción de algunos conceptos por parte del equipo de estudiosos de la ENS. Nos referimos a categorías que muchas veces se usan sin delimitación alguna, pero que en este estudio están definidas conceptualmente, tales como “ejercicio sindical”, “los roles sindicales de un educador”, la noción de “víctima” y la noción de “violencia antisindical”.

El libro construye su argumento a través de un cruce de variables espaciales y temporales limitadas al departamento de Antioquia, sin que ello implique una pérdida de la perspectiva nacional, o de pasar por alto un enfoque que considere la comparación entre sindicatos. La variable espacial se obtiene dividiendo al departamento en sus nueve subregiones, las cuales se estudian una por una, y la temporal, a través de un corte del periodo que va de 1978 al 2008, en seis subperíodos. Sería muy extenso dar cuenta de las particularidades que se encuentran en cada subregión. Aquí nos conformamos con señalar los asuntos que más condicionaron los contextos en que se ejerció violencia contra los maestros en cada subperíodo. El primero, 1978-1986, estuvo caracterizado por el predominio de la guerrilla y sectores de izquierda afines a ella, o que coexistían con movimientos políticos alternativos, en zonas de movilización popular en distintas partes del departamento sobre las cuales el Estado practicaba fuertes políticas represivas. El segundo, de 1987 a 1991, tuvo que ver con las respuestas militares del Estado frente al conflicto armado interno, que involucraron a sectores civiles con agendas que reivindicaban la profundización del sistema democrático. El tercero, de 1992 a 1997, se caracterizó por el nacimiento, expansión y fortalecimiento de los grupos paramilitares, de la violencia de grupos narcotraficantes y de delincuencia común. El cuarto, de 1998 a 2002, estuvo marcado por el control paramilitar y estatal de las subregiones, el consiguiente repliegue de la insurgencia, el freno a organizaciones de izquierda y a la movilización de carácter civil y reivindicativo. En el quinto, de 2003 a 2008, han disminuido los homicidios debido a que los objetivos perseguidos ya han sido conquistados. Los victimarios, en su mayoría paramilitares en asocio con políticos de

los partidos tradicionales, miembros de la fuerza pública, funcionarios del Estado, empresarios y narcotraficantes, han reemplazado ciertos métodos de violencia por otras formas de hacer política. Es decir, ahora han accedido con más fuerza al poder de las instituciones y, lo que es más importante, a los espacios de construcción de agendas públicas que generan nuevos procesos de reconfiguración del Estado. En síntesis, la violencia letal es menos indispensable ahora para el logro de objetivos y proyectos de sectores antidemocráticos. Por lo demás, teniendo en cuenta la riqueza de asuntos que trae este estudio para cada subperíodo, sólo subrayamos que cada uno de los elementos que condicionaron la violencia antisindical contra maestros variaba de acuerdo a la subregión y al momento.

En todo caso, comprender los factores que han condicionado la violencia contra un sindicato como el de ADIDA, en un departamento con las complejidades como el de Antioquia, también nos ayuda a entender la situación a que se han tenido que enfrentar otros sindicatos en distintas regiones del país.

Aparte de lo que hemos indicado sobre la forma en que está organizado el libro, también hay que mencionar el estilo narrativo que lo atraviesa. Para decirlo en términos metafóricos, el texto recuerda las ondas concéntricas que se expanden luego de lanzar una piedra a un lago; donde la onda inicial corresponde al dato estadístico puro, al número adjudicado a una víctima en una base de datos. Ese número, poco a poco, va llenándose de contenido al colocársele el nombre de una persona. Luego, ese nombre se nutre de historia; toma la forma de una pequeña ficha biográfica, con datos básicos sobre el maestro y las características del crimen. Finalmente, con el efecto logrado por los relatos microbiográficos sucesivos, las víctimas se vuelven personajes: el plano del número estadístico deja paso al volumen de hombres y mujeres que reían y lloraban, que soñaban y luchaban.

Lo especial de los relatos biográficos es la cercanía del narrador con la víctima. Familiares o conocidos nos muestran en primer plano las circunstancias del suceso y nos hacen tomar consciencia de que el asesinado no fue el número ocho de la lista, sino un ser humano real. Es lo que ocurre cuando imaginamos a la señora Estela Quintana sentada

en su casa, mirando por la ventana la nostalgia que ya no le cabe en el cuerpo, mientras nos cuenta que los hombres que mataron a su esposo, Aníbal de Jesús Ríos, “llegaron a su oficina en la escuela y ahí lo atacaron. Los niños salieron esparcidos por todos los potreros. Él para defenderse *les tiraba libros a las balas*” (p.344). Tal vez sin saberlo, Aníbal de Jesús Ríos representó con su acto la desigual lucha de la inteligencia contra la fuerza bruta; del conocimiento contra la violencia; de la docencia contra la indecencia. Definitivamente sin saberlo, Aníbal de Jesús Ríos con su acto le puso título al libro que hoy no lo olvida.

Sin duda, esta última parte es la más significativa del libro, pues en ella se transforma al número estadístico en persona, devolviéndole su dignidad humana a la víctima. Nombrar a todos los muertos de ADIDA es en sí mismo un logro de esta investigación. El tren de ondas que los nombra también se aprecia en la sensación de repetición que causa la lectura de tantos casos de victimización ocurridos en circunstancias tan similares. La mención de múltiples fichas biográficas de maestros muertos, con pocas modificaciones, lleva incluso a que el lector pueda confundirse en el mar de historias de vidas que se narran. Pero, si hay confusión, es sólo para poder comprender que existe un patrón común, una lógica (absurda en el fondo, como toda muerte), una dinámica que señala una coherencia en los crímenes.

El libro tiene varias virtudes que es preciso destacar, pero empecemos con los defectos. El texto aún no logra sobrepasar el plano de informe de derechos humanos. Está bien logrado en ese sentido, es cierto, pero le falta ampliar aún más el escenario histórico en el que se insertan los crímenes, de tal manera que puedan apreciarse mejor los contextos sociales y políticos. De igual modo, a veces la narración se torna demasiado pesimista (victimista), ya que hace más énfasis en los crímenes que en las movilizaciones y logros del magisterio. Es poco lo que se narra acerca de las conquistas del magisterio a través de sus luchas sociales; por ejemplo, de las reivindicaciones de finales de los años setenta por un Estatuto Docente, o lo que significó el Movimiento Pedagógico (1982) para la difusión de ciertas ideas culturales o contraculturales en la sociedad colombiana en general, y en el magisterio en particular.

De las virtudes, creemos que es un libro afortunado porque toma el caso de un departamento que sintetiza en muchos sentidos la tragedia que sobrevino en el sindicalismo colombiano en general. Es como un estudio de historia regional que logra dar luces sobre lo que ha venido sucediendo a escala nacional. El enfoque sobre el análisis de la violencia contra las mujeres sindicalistas es muy enriquecedor y ofrece otras perspectivas de lectura que se deben tener en cuenta para otros estudios. Lo mismo podría decirse del uso de los relatos mi-

crobiográficos. Finalmente, teniendo en cuenta las críticas que hemos mencionado, creemos que esta investigación es un excelente modelo de estudio que debe ser tenido en cuenta por el sindicalismo de cara a la nueva normatividad nacional sobre víctimas, y sobre el asunto de la reparación colectiva. *Tirándole libros a las balas* es una lectura que puede ser dolorosa, porque logra poner el dedo en la llaga de la violencia antisindical en Colombia, pero necesaria para que, reconociendo las dimensiones de esta violencia, no se vuelva a repetir.